

quiero admitir las fábulas en mi educacion, las conservais vosotros en las vuestras. En la sociedad son indispensables dos morales distintas; una en palabras y otra en acciones, que en nada se parecen ambas. La primera se encuentra en el catecismo, y allí se está; la segunda en las fábulas de Samaniego para los niños.

Arreglémonos, señor de Samaniego. Yo por mí prometo leerlos con gusto y atencion, é instruirme con vuestras fábulas, porque espero no me equivocaré acerca del objeto de ellas; pero permitidme no consienta que mi alumno estudie ni una siquiera, hasta que me probeis le conviene aprender cosas de las cuales ni la cuarta parte entienda; y que en las que pueda comprender no tome el camino opuesto, y en vez de enmendarse huyendo de lo que hace el burlado, quiera imitar al burlador.

Eximiendo así de toda obligacion á los niños, les quito los instrumentos de su mayor desgracia, que son los libros. El azote de la infancia es la lectura, y casi no sabemos emplearla en otra cosa. De doce años apenas sabrá Emilio qué cosa es un libro. Pero es necesario á lo menos, me dirán, que sepa leer. Convengo en ello: necesario es que sepa leer cuando le sea útil la lectura; pero creo que hasta entonces solo sirve para fastidiarle.

Si nada debe exigirse de los niños por obediencia, se sigue que ninguna cosa agradable ni útil pueden aprender, como no conozcan palpablemente el provecho que les acarrea; ¿si no qué motivo les excitaria á aprenderlo? El arte de hablar y oír hablar á los ausentes; el de comunicarles desde lejos sin intermedio nuestros sentimientos, voluntades y deseos, es un arte cuya utilidad se puede hacer palpable á todas las edades. ¿Qué milagro ha convertido tan agradable y útil arte en tormento de la infancia? El haberla violentado á que se aplique á él contra su voluntad, y el usarle para cosas que ella no entiendo. No se cuida mucho un niño de perfeccionar el instrumento con que le atormentan; pero haced de modo que este mismo instrumento sirva para su diversion, y en breve se aplicará á él, aunque sea contra vuestra voluntad.

Figuran que es muy importante el averiguar los mejores métodos de enseñar á leer; inventan cartones, barajas, y convierten el aposento de un niño en una imprenta. Locke quiere que aprenda á leer con dados. ¿No es una invencion exquisita? ¡Qué miseria! Hay un medio mas cierto que todos esos y que siempre echan en olvido; el deseo de aprender. Infundid al niño este deseo, dejad los cartones y los dados, que todo método será bueno para él.

El interés presente es el único móvil que conduce con certeza y va lejos. Algunas veces recibe Emilio de su padre, su madre, sus parientes, sus amigos, esquelas de convite para una comida, un paseo, una partida de pesca, una feria; las esquelas son cortas, claras, y están muy bien escritas. Es preciso hallar uno que se las lea, y este no siempre se encuentra á mano ó paga al niño en la misma moneda la falta de condescendencia que este tuvo con él el dia antes; así se deja pasar la ocasion, la hora. Al fin le leen la esquila; pero ya no es tiempo. ¡Ah, si hubiera sabido leer! Otras se reciben igualmente cortas, y el contenido es tan interesante! Quisiéramos probar á descifrarlas; unas veces hallamos quien nos ayude; otras no quieren. A puro desciframos desciframos al fin la mitad de la esquila; se trata de ir mañana á comer requesones..... pero no sabemos á dónde, ni con quién..... ¡Cuántos esfuerzos hacemos por leer lo demás! Creo que no necesite Emilio cartones. ¿Hablaré ahora del escribir? No; que me da vergüenza divertirme en estas boberias en un tratado de educacion.

Una palabra sola añadiré, que constituye una máxima importante, y es que por lo comun alcanza uno con mucha facilidad y prontitud lo que no se da mucha prisa á alcanzar. Casi estoy cierto de que Emilio sabrá leer y escribir perfectamente antes que tenga diez años, precisamente porque me importa poquisimo que sepa hacerlo antes de los quince; pero mas quisiera que nunca supiese leer, que comprar esta ciencia á precio de todo cuanto puede hacerla útil. ¿Para qué le servirá la lectura, cuando le hayan aburrido para siempre de leer? *Id in primis cavere oportebit, ne studia, qui*

*amare nondum potest, oderit, et amaritudinem semel perceptam etiam ultra rudes annos reformidet* (1).

Cuanto mas acerca de mi método inactivo insisto, mas reconozco que se esfuerzan las objeciones. Si nada aprende de vos vuestro alumno, aprenderá de los demás. Si con la verdad no precaveis el error, aprenderá mentiras; las preocupaciones que temeis darle, las recibirá de todo cuanto á él se acerca; se introducirán por todos sus sentidos, ó extragarán su razon aun antes de que se forme; ó bien entorpecido su entendimiento por tan dilatada inaccion, se absorberá en la materia. Desacostumbrándole á pensar en su infancia, se le privará de esta facultad para el resto de su vida.

Paréceme que con facilidad pudiera responder á estas objeciones: ¿pero á qué viene dar siempre respuestas? Si responde á las objeciones mi método por sí propio, es bueno; si no responde, nada vale. Sigo adelante.

Si conformándoos con el plan que acabo de delinear, seguis reglas directamente opuestas á las establecidas; si en vez de lanzar á remotas distancias el entendimiento de vuestro alumno; en vez de extraviarle sin cesar en apartados climas, en otros siglos, en los extremos de la tierra, y hasta en los cielos, os aplicais á retenerle siempre dentro de él propio, y á que esté atento á lo que inmediatamente le toca, le hallareis capaz de percepcion, de memoria, y hasta de raciocinio; este es el orden de la naturaleza. Al paso que se convierte en activo el ser sensitivo, granjea discernimiento con proporcion á sus fuerzas, y solo con la fuerza sobrante de la que para conservarse necesita, se desenvuelve en él la facultad especulativa idónea para emplear en otros usos este exceso de fuerza. ¿Quereis cultivar la inteligencia de vuestro alumno? Cultivad las fuerzas que esta ha de gobernar. Ejercitad continuamente su cuerpo; hacedle robusto y sano, para hacerle racional y cuerdo; trabaje, obre, corra, grite, esté en

(1) Especialísimamente conviene evitar que coja odio á los estudios á que aun no puede aficionarse, y que le arredre la amargura que en su paladar deje aun mas allá de su puerilidad.—*Quintil., lib. 1, cap. 1.*

movimiento siempre; sea hombre por el vigor y en breve lo será por la razon.

Cierto es que le embruteceriais con este método si estuvieseis siempre dirigiéndole, siempre diciéndole: vete, vente, quédate, haz esto, no hagas lo otro. Si son siempre conducidos sus brazos por vuestra cabeza, la suya viene á serle inútil. Acordaos de nuestras convenciones; si sois un pedante, inútil es que me leais.

Miserable error es creer que perjudique el ejercicio corporal á las operaciones del ánimo, como si no hubiesen de andar acordes estas dos operaciones, y no debiese dirigirse siempre una á otra.

Dos especies hay de hombres, cuyos cuerpos están en continuo ejercicio, y que tan poco unos como otros piensan en cultivar su razon, que son los aldeanos y los salvajes. Los primeros son rústicos, toscos, desmañados; los otros, célebres por su mucha cordura, lo son tambien por la sutileza de su inteligencia y de sus invenciones; en general no hay ente mas torpe que un lugareño, ni mas listo que un salvaje. ¿De dónde procede esta diferencia? De que como aquel hace siempre lo que le mandan, ó lo que vió hacer á su padre, ó lo que ha hecho él desde su niñez, siempre se guia por la práctica; y ocupado sin cesar durante una vida casi maquina en las mismas faenas, el hábito y la obediencia sustituyen en él á la razon. Otra cosa es en cuanto al salvaje; no estando adicto á sitio ninguno, no teniendo una faena prescrita, no obedeciendo á nadie, ni siguiendo otra ley que su voluntad, se vé precisado á raciocinar para cada accion de su vida; y sin haber calculado de antemano las consecuencias, ni se menea, ni da un paso. Así cuanto mas se ejercita su cuerpo, mas se ilustra su entendimiento; crecen en uno su fuerza y su razon, y se aumentan una por otra.

Sapientísimo preceptor, veamos cuál de nuestros dos alumnos se parece al salvaje y cuál al villano. Sujeto en todo el vuestro á una autoridad enseñante, nada hace como no sea por disposicion ajena; no se atreve á comer cuando tiene hambre, ni á beber cuando tiene sed, ni á reirse cuando está alegre, ni á llorar cuando está triste, ni á presentar una mano por otra, ni á me-

near el pié si no se lo prescriben; en breve no osará alentar sin seguir vuestras reglas. ¿En qué quereis que piense, si lo haceis por él? Cierito de vuestra prevision, ¿para qué necesita él tenerla? Viendo que os encargais de su conservacion, de su bienestar, se siente desembarazado de este afan; descansa su juicio en el vuestro; todo cuanto no le vedais, lo hace sin reflexion, sabiendo que en ello no corre riesgo. ¿Qué necesidad tiene de aprender á preveer la lluvia? Bien sabe que vos observareis las nubes. ¿Para qué necesita calcular su paseo? No teme que dejes pasar la hora de comer. Mientras no le prohibís que coma, come; cuando se lo prohibís, no come, y no escucha el dictámen de su estómago, sino el vuestro. En balde haceis flexible su cuerpo en la inaccion, no por eso hareis mas claro su entendimiento; muy al contrario, desacreditais enteramente la razon en su ánimo, haciéndole gastar la poca que tiene en las cosas que mas inútiles le parecen. No viendo nunca para qué sirve, se figura que no es buena para nada. Lo peor que le puede suceder, cuando discurre mal, es que le reprendan, y tantas veces le sucede esto, que ya no hace caso; no le asusta un riesgo tan frecuente.

Hallais, no obstante, que tiene despejo, y le emplea en charlar con las mujeres, por el estilo de lo que he hablado ya; pero si llega la ocasion de arriesgar su persona, de resolver en un lance árduo, le vereis cien veces mas tonto y mas torpe que el hijo del mas rústico labrador.

Empero mi alumno, ó mas bien el de la naturaleza, ejercitado de muy temprano á bastarse á sí propio en lo posible, no acostumbra á recurrir á los demás, y menos todavia á hacer alarde de su mucho saber; en cambio juzga, prevee, raciocina en todo cuanto tiene relacion inmediata con él. No charla, que obra; no sabe una palabra de cuanto sucede en el mundo, pero sabe hacer muy bien cuanto le conviene. Como sin cesar está en movimiento, se vé precisado á observar muchas cosas, á conocer muchos efectos: muy presto adquiere experiencia: aprende las lecciones de la naturaleza, no las de los hombres; y eso le instruye mas, porque en ninguna parte ve intencion de instruirle. Así se ejercitan á

la par su espíritu y su cuerpo. Obrando siempre conforme á su propio pensamiento y no al ajeno, consigue dos ventajas: al paso que se hace fuerte y robusto, se hace tambien racional y juicioso. Por este medio se alcanza un dia lo que creen incompatible, y que han reunido casi todos los grandes hombres; la fuerza del cuerpo y del ánimo; el talento de un sabio y el vigor de un atleta.

Institutor jóven, te predico un arte difícil, que es el de dirigir sin preceptos, y hacerlo todo sin hacer nada. Convengo en que no es para tu edad; que no es á propósito para hacer que luzca tu talento, ni el aprecio de los padres; pero es el único para conseguir el fin. Nunca lograrás formar sabios, si no formas primero tunantes; esta era la educacion de los espartanos; en vez de pegar los niños á los libros, los enseñaban á robar lo que habian de comer. ¿Eran por eso toscos los espartanos, cuando mayores? ¿Quién nó sabe la energia y el donaire de sus prontitudes? Destinados siempre á vencer á sus enemigos, en todo género de guerra los arrollaban, y los atenienses temian sus dichos tanto como sus golpes.

En las educaciones que con mas esmero se hacen, manda el maestro y cree que dirige; y quien dirige en efecto, es el niño, que se vale de lo que exigís de él para alcanzar de vos lo que se le antoja, y haceros pagar con ocho dias de condescendencia una hora de aplicacion. A cada instante es necesario entrar en convenios con él. Estos tratados que proponeis á vuestra manera, y él ejecuta á la suya, siempre paran en beneficio de sus voluntariedades, especialmente si se incurre en la torpeza de estipular, como una condicion que ha de redundar en beneficio suyo, lo que está cierto que ha de alcanzar, ora cumpla con la condicion que le imponen, ora falte á ella. Por lo comun, mucho mejor lee el niño en el alma del maestro, que este en la del niño; y debe ser así, porque toda cuanta sagacidad el niño entregado á sí propio hubiéra puesto en cuidar de su conservacion, la pone ahora en sacar su libertad natural de las cadenas de su tirano; mientras este, que no tiene tan urgente interés en adivinar lo que el otro piensa,

halla algunas veces que le conviene mas dejarle con su pereza ó su vanidad.

Tomad camino opuesto con vuestro alumno; crea él que siempre es el amo, y sedlo vos de verdad. No hay sujecion tan completa como la que presenta las apariencias de la libertad, porque así está cautiva la voluntad misma. ¿No se halla á merced vuestra un pobre niño que nada sabe, nada puede ni nada conoce? ¿No disponéis, con relacion á él, de todo cuanto á él se acerca? ¿No sois árbitro de darle las impresiones que querais? ¿No están en vuestra mano, sin que él lo sepa, sus faenas, sus juegos, sus deleites, sus penas, todo? Sin duda no debe hacer mas de lo que él quiera; pero solo lo que quisieris que haga, debe él querer; no debe dar un paso sin que le hayais previsto, ni desplegar los lábios sin que sepais lo que va á decir.

Entonces se podrá entregar á los ejercicios corporales que pide su edad, sin embrutecer su entendimiento; entonces, en vez de imaginar tretas para eludir un imperio incómodo, le vereis que únicamente se ocupa en sacar de todo cuanto halle á mano el fruto mas provechoso para su bienestar presente; entonces os admirará la sutileza de sus invenciones para apropiarse todos los objetos que puede alcanzar, y disfrutar verdaderamente de las cosas sin el auxilio de la opinion.

Dejándole de este modo árbitro de sus voluntades, no fomentareis sus antojos. En no haciendo mas de lo que quiera, presto hará solo aquello que deba hacer; y aunque esté su cuerpo en continuo movimiento, cuando se trate de su interés actual y sensible, vereis desenvolverse toda la razon de que es capaz mucho mejor y de modo mas adecuado para él, que en estudios de mera especulacion.

De esta suerte, viendo que no pensais quitarle su gusto, sin desconfiar de vos, y no teniendo por qué ocultaros nada, ni os engañará ni os mentará; se manifestará sin rebozo como él es; le podreis estudiar á vuestro gusto, y preparar en torno suyo las lecciones que querais darle, sin que nunca se figure él que las recibe.

Tampoco acechará vuestras costumbres con celosa curiosidad, ni se complacerá secretamente en cogeros

en culpa flagrante. Gravisimo es este inconveniente que precavemos. Ya he dicho que uno de los primeros afanes de los niños, es descubrir el flaco de los que los dirigen. Esta inclinacion conduce á la malicia, pero no proviene de ella; nace de la necesidad de eludir una autoridad que les es enojosa. Procuran sacudir el yugo que les imponen y que los abruma; y los defectos que hallan á sus maestros, les ofrecen para esto medios adecuados. Entre tanto adquieren el hábito de observar los defectos de las personas, y complacerse en encontrarlos. Claro es que hemos cegado un manantial de vicios en el corazon de Emilio, pues como no tiene interés ninguno en encontrar mis defectos, no los buscará, ni le vendrá la idea de indagar los de otros.

Toda esta práctica parece dificultosa, porque no se piensa en ella; pero en realidad no lo es. Razon hay para suponeros con las luces necesarias para ejercer la profesion que habeis escogido; es de presumir que conocéis el natural progreso del corazon humano, que sabeis estudiar el hombre y el individuo, que de antemano sabeis á qué se inclinará la voluntad de vuestro alumno con motivo de los objetos que interesen á su edad, y cuya revista hareis pasar. Ahora bien; ¿poseer los instrumentos y saber usarlos bien, no es ser dueño de la operacion?

Me objetais los caprichos del niño, y no teneis razon. Nunca el capricho de los niños proviene de la naturaleza; sino de una mala disciplina; consiste en que han obedecido ó mandado, y ya he repetido que no debia ser ni uno ni otro vuestro alumno. No tendrá mas caprichos que los que le hayais dado; justo es que pagueis la pena de vuestras culpas. Pero, me direis, ¿cómo se han de remediar estos? Aun eso es posible, con otra conducta, y mucha paciencia.

Me habia encargado, durante algun tiempo, de un niño acostumbrado no solo á hacer su voluntad, sino á que la hiciera todo el mundo, por consiguiente voluntarioso en demasia. Desde un principio, para poner á prueba mi condescendencia, se quiso levantar á media noche. Cuando mejor dormia yo, se tira de la cama, coje su ropa y me llama. Me levanto y enciendo luz; él

no queria otra cosa: al cabo de un cuarto de hora le da sueño, y vuelve á acostarse muy satisfecho con su prueba. Dos dias despues la reitera con igual fruto, y sin la mas leve señal de impaciencia por mi parte. Al volverse á acostar me dió un abrazo, y yo le dije con mucho sosiego: «Amiguito, bueno está, pero no vuelvas á hacerlo.» Estas palabras excitáron su curiosidad, y la noche siguiente, deseoso de saber si me atreveria á desobedecerle, no dejó de levantarse á la hora, y llamarme. Preguntéle qué queria. Me dijo que no podia dormir. *Malo es eso*, le repliqué, y me estuve quieto. Rogóme que encendiese luz. *¿Para qué?* y seguí quieto. Empezaba á causarle confusion mi estilo lacónico. Fué á tientas á buscar el eslabon, y fingió que encendia yesca; yo no podia menos de reirme oyendo los golpes que se daba en los dedos. Convencido al fin de que no podria salirse con la suya, me trajo el pedernal á la cama: yo le dije que para nada le necesitaba, y me volví del otro lado. Entonces empezó á correr por el cuarto, gritando, cantando, metiendo mucha bulla, dándose contra los muebles unos golpes que tenia buen cuidado de que no fueran muy fuertes, sin dejar por eso de chillar mucho, esperando asustarme. Nada de esto le aprovechó; pero noté que contando con una fuerte reprimenda ó con mi enfado, no sabia qué hacerse al ver mi serenidad.

Resuelto, no obstante, á vencer mi paciencia á fuerza de terquedad, siguió en su gresca con tanto fruto, que al fin monté en cólera; y previendo que lo iba á echar á perder todo con mi impertinente arrebató, tomé la determinacion siguiente. Levantéme sin decir nada, busqué el eslabon, que no hallé, se le pido, y me le dá, no cabiendo en sí de gozo por haber triunfado de mí. Echo yesca, enciendo luz, agarro de la mano á mi hombrecillo, le llevo con mucho sosiego á un gabinete inmediato, cuyas ventanas estaban bien cerradas, y donde no habia nada que romper; le dejo en él á oscuras, y cerrando la llave, me vuelvo á acostar sin hablarle palabra. Escuso decir cuál seria la bulla; contaba con ella, y no hice caso. Al fin cesa; aplico el oido, oigo que se está mas quieto y me tranquilizo. Al otro dia de

mañana entro en el gabinete, y encuentro á mi alborotadorcillo tendido en una camilla, y durmiendo á pierna suelta, que bien lo debia necesitar despues de tanta faena.

No paró en esto el negocio. Supo la madre que habia pasado el niño gran parte de la noche fuera de la cama. ¡Jesus, qué desgracia! poco menos que muerto estaba el chico. Viendo este que era buena ocasion para vengarse, se hizo el enfermo, sin preveer que nada iba á sacar. Llamaron al médico. Era este, por desgracia para la madre, un chusco que procuraba aumentar sus temores para reirse de ellos. Díceme al oido: Déjelo V. por mi cuenta; yo le prometo que por algun tiempo quedará curado el muchacho del antojo de estar malo. Efectivamente, le recetó dieta y no salir del cuarto, y fué encomendado al boticario. Yo sentia ver á esta pobre madre de quien se burlaban todos los de la casa, excepto yo solo á quien tomó horror, precisamente porque no la engañaba.

Despues de quejas muy ágrias, me dijo que su hijo era delicado, que era el único heredero de la familia, que era necesario conservarle á cualquier precio, y que no queria que le quitáran su gusto. En esto era yo de su mismo dictámen; pero llamaba ella quitarle su gusto el no obedecerle en todo. Vi entonces que era necesario tomar la misma marcha con la madre que con el hijo, y la dije con mucha serenidad: «Señora, no sé cómo se educan los herederos, y es mas, que tampoco quiero aprenderlo; con que arréglese V. como le parezca.» Necesitaban de mí algun tiempo mas: el padre hizo las paces; escribió la madre al preceptor que se diese prisa á volver; y viendo el niño que no sacaba provecho con interrumpirme el sueño ni con estar malo, se resolvió á dormir y ponerse bueno.

No es posible imaginarse á cuántas manias semejantes habia sujetado el tiranuelo á su desgraciado ayo, porque se hacia la educacion á vista de la madre, que no consentia que desobedecieran en nada al heredero. Fuese la hora que fuera, cuando queria salir de casa, era necesario estar dispuesto á conducirle, ó mas bien á seguirle, y se esmeraba siempre en escoger la oca-

sion en que veía mas ocupado á su ayo. Quiso usar del mismo imperio conmigo, y vengarse por el dia del sosiego en que por fuerza tenia que dejarme de noche. Me allané á todo sin repugnancia, empecé por poner en claro á sus propios ojos el gusto que tenia en contentarle; despues, cuando se trató de sanarle de su manía, tomé otro giro.

Fué preciso, lo primero, que él viera que la culpa era suya, y no hubo dificultad. Sabiendo que solo en el momento presente piensan los niños, me tomé la fácil ventaja de la prevision: hice que hallára en casa una diversion á que sabia era muy aficionado; y cuando mas embebido en ella estaba, le fuí á proponer que diéramos un paseo; se negó á ello; insistí, no hizo caso; fué preciso que yo cediese, y notó preciosamente en sí esta señal de sujecion.

Al dia siguiente me tocó la vez. Se aburrió, y yo lo habia preparado todo para que así sucediese; por el contrario, fingí que estaba muy ocupado. Esto era lo bastante para determinarle. No tardó en venir á quitarme de mi trabajo para que le llevára al instante á paseo; neguéme, y él se empeñó. «No, le dije; pues que tú haces tu voluntad, yo haré la mia; no quiero salir. Bien está, replicó con viveza, yo saldré solo. Como quieras;» y me vuelvo á mi faena. Se viste algo inquieto al ver que le dejo y no le imito. Ya para salir, viene á despedirse; yo me despido de él; procura asustarme, contándome las caminatas que va á hacer; al oírle, hubieran pensado que iba al fin del mundo. Sin alterarme, le deseo buen viaje, y crece su desasosiego; afecta, sin embargo, serenidad en el semblante, y al salir dice al lacayo que le siga. Advertido este, responde que no tiene lugar, y que ocupado por orden mia, primero debe obedecer á mí que á él. De esta vez no sabe el niño donde está. ¿Cómo ha de concebir que le dejen salir solo, cuando se cree el ser que importa á todos los demás, y piensa que cielo y tierra se interesan en su conservacion? No obstante empieza á reconocer su flaqueza; comprende que se va á encontrar solo entre gentes que no le conocen; vé de antemano los riesgos que puede correr: solo su obstinacion mantiene

ya la porfia; baja á pasos lentos y muy confuso la escalera. Por fin asoma á la calle, algo consolado del mal que pueda sucederle, con la esperanza de que me le achaquen á mí.

Aquí le aguardada yo. Estaba todo dispuesto de antemano; y como se trataba de una especie de escena pública, habia alcanzado el consentimiento de su padre. Apenas llevaba andados algunos pasos, oye que habla la gente de él. «Vecino, ¡qué bonito niño! ¿á dónde va así solo? Se va á perder; voy á decirle que entre en casa. Vecina no hagais tal. ¿No veis que es un picarillo que le han echado de casa de sus padres, porque no podian hacer carrera de él? No le metamos en casa; dejadle que vaya á donde quiera. Pues con bien vaya y Dios le guie; pero sentiria que le sucediera algun desman.» Algo mas lejos encuentra unos pilletes casi de su misma edad, que le insultan y hacen burla de él. Quanto mas adelanta, con mas estorbos tropieza. Solo y sin amparo, se mira hecho la irrision de todo el mundo, y no sin extrañarlo ve que sus medias de seda y sus hebillas doradas no infunden respeto ninguno.

No obstante, uno de mis amigos que él no conocia, y á quien yo habia dado el encargo de que no le perdiera de vista, le seguia paso á paso sin que él lo comprendiese, y se llegó á él cuando fué tiempo. Este papel parecido al del mayordomo del Duque en la insula de Sancho, requería un hombre de talento, y mi amigo le desempeñó á toda mi satisfaccion. Sin asustarle mucho ni desalentarle en demasia, tan bien le dió á entender la imprudencia de su conducta, que me le trajo al cabo de media hora blando, confuso, y sin atreverse á alzar los ojos.

Para remate de su desastrada expedicion, precisamente al tiempo que entraba él, salia su padre y le encontró en la escalera. Fué preciso decir de dónde venia y por qué no iba yo con él (1). Hubiera querido el pobre chico estar siete estados debajo de tierra. Sin pa-

(1) En casos tales podemos exigir del niño la verdad, porque entonces bien sabe que no puede negar, y que si se atreviera á decir una mentira, al instante le convencerian de ella.

rarse en darle una larga reprehension, le dijo su padre con mas sequedad de lo que yo esperaba: «Cuando quiera V. salir solo, puede hacerlo; pero como no me conviene tener un tunante en mi casa, si sucede otra vez haga V. cuenta de no volver mas.» Yo le recibí sin burlarme de él, sin echarle nada en cara, pero con alguna gravedad; y temiendo sospechase que era juguete cuanto habia sucedido, no le quise sacar á paseo aquel dia. Al otro, vi con suma satisfaccion que pasaba conmigo en ademan de un vencedor por delante de las mismas personas que el dia antes se habian burlado de él, porque le habian hallado solo. Bien se colige que no me volveria á amenazar con que saldria sin mí. Por estos y otros medios semejantes conseguí en el poco tiempo que con él estuve, que hiciera todo cuanto yo queria sin mandarle, sin prohibirle nada, sin sermones ni exhortaciones, y sin fastidiarlo con lecciones inútiles. Cuando yo hablaba, estaba él satisfecho; pero mi silencio le infundia temor: conocia que algo habia hecho mal, y siempre sacaba la leccion de la misma cosa. Volvamos á nuestro asunto.

Estos ejercicios contínuos, abandonados de este modo á sola la direccion de la naturaleza, no solo fortalecen el cuerpo sin embrutecer el alma, sino que por el contrario, constituyen en nosotros la única especie de razon de que sea capaz la primera edad, y que es mas necesaria en todas. Nos enseñan á conocer bien el uso de nuestras fuerzas, las relaciones de nuestros cuerpos con los cuerpos que nos rodean, y el uso de los instrumentos naturales que están á nuestra disposición, y convienen á nuestros órganos. ¿Hay estupidez que pueda igualarse á la de un niño educado siempre en casa y sin salir de las faldas de su madre? No sabe qué cosa es peso y resistencia, y quiere arrancar un árbol ó levantar una roca. La primera vez que salí yo de Ginebra, queria alcanzar á un caballo á galope; tiraba piedras al monte de Saleve, que dista dos leguas: era la burla de todos los niños del lugar, que me miraban como un idiota. A los diez y ocho años se aprende en física qué es palanca, y no hay campesino de doce que no sepa servirse de ella mejor que el primer mecánico

de la Academia. Aprovechan cien veces mas á los estudiantes las lecciones que toman unos con otros en los patios del colegio, que cuanto les enseñan en la clase.

Observad á un gato que por primera vez entra en un aposento: visita, mira, husmea, no está parado un momento, de nada se fia hasta que todo lo ha examinado y reconocido. Lo mismo hace un niño que empieza á andar, y que entra, por decirlo así, en el vasto espacio del mundo. Toda la diferencia consiste en que con la vista comun del niño y del gato juntan para observar, el primero las manos que le dió naturaleza, y el segundo el sutil olfato con que le dotó. Bien ó mal cultivada esta disposicion hace á los niños mañosos ó torpes, pesados ó listos, atolondrados ó prudentes.

Siendo el primer movimiento natural del hombre el medirse con todo cuanto le rodea y experimentar en cada objeto que vé todas las cualidades sensibles que pueden tener relacion con él, su primer estudio es una especie de física experimental relativa á su propia conservacion, y de que le apartan los estudios especulativos, antes de que haya reconocido su sitio en la tierra. Mientras que delicados y flexibles sus órganos se pueden ajustar á los cuerpos en que deben obrar, y puros aun sus sentidos están exentos de ilusiones, es la ocasion de ejercitar unos y otros en las funciones que les son peculiares; es tiempo de aprender á conocer las relaciones sensibles que las cosas tienen con nosotros; y como todo cuanto se introduce en el entendimiento humano pasa por los sentidos, la razon primera del hombre es una razon sensitiva, que sirve de base á la razon intelectual: así, nuestros primeros maestros de filosofía son nuestros pies, nuestras manos y nuestros ojos. Sustituir con libros á todo esto, no es enseñarnos á raciocinar, sino á valernos de la razon ajena, á creer mucho y no saber nunca nada.

Para ejercitar un arte es necesario adquirir los instrumentos de él; y para poder emplear con utilidad estos instrumentos, es preciso hacerlos tan sólidos que resistan el uso. Así, para aprender á pensar, es necesario ejercitar nuestros miembros, nuestros sentidos y nuestros órganos, que son los instrumentos de nuestra

inteligencia; y para sacar toda la utilidad posible de estos instrumentos, es forzoso esté el cuerpo que nos los suministra, robusto y sano. De suerte que lejos de que se forme sin dependencia del cuerpo la verdadera razon del hombre, la buena constitucion corporal es la que hace fáciles y seguras las operaciones del entendimiento.

Quando hago ver cómo se ha de emplear la dilatada ociosidad de la infancia, especifico circunstancias que parecerán ridículas. ¡Donosas lecciones, me dirán, que, segun vuestra propia crítica, se limitan á enseñar lo que nadie necesita aprender! ¿Para qué es pasar el tiempo en instrucciones que por si mismas se toman siempre, y que no cuestan afanes ni desvelos? ¿Qué niño de doce años hay que no sepa cuanto quereis enseñar al vuestro, y además lo que le han enseñado sus maestros?

Os engañais, señores; yo enseñé á mi alumno un arte muy largo, muy penoso, y que de seguro no saben los vuestros, el arte de ser ignorante: porque la ciencia del que no cree que sabe mas de lo que sabe, se ciñe á poquísima cosa. Vosotros dais ciencia: sea para bien; yo me ocupo del instrumento que sirve para adquirirla. Cuentan que habiendo enseñado un dia con mucha pompa los venecianos el tesoro de San Marcos á un embajador de España, la enhorabuena que este les dió fué decirles, despues de haber mirado debajo de la mesa: *Qui non c'è la radice, Aquí no está la raíz.* Nunca oigo un preceptor hacer alarde de lo que sabe su discipulo, sin que me den tentaciones de decirle otro tanto.

Todos quantos han reflexionado sobre el modo de vivir de los antiguos, atribuyen á sus ejercicios gimnásticos aquel vigor de cuerpo y alma que mas especialmente los distingue de los modernos. El modo con que Montaigne apoya este dictámen, hace ver cuán penetrado de él estaba; sin cesar le inculca de mil modos. Hablando de la educacion de un niño, dice: «Para fortalecerle el alma, es necesario endurecerle los músculos; acostumbándole al trabajo, se acostumbra al dolor; avezándole á la aspereza de los ejercicios, se acostumbra á la dislocacion, al dolor y á todos los males. Solo en punto á ejercitar mucho el cuerpo de los niños están

acordes todos, el sábio Locke, el buen Rollin, el erudito Fleuri, el pedante de Crouzas; en todo lo demás disienten mucho. Este es el mas cuerdo de sus preceptos, y el que siempre es y será desatendido. Ya he dicho lo suficiente acerca de su importancia; y como nó es posible dar en esta materia razones mas perentorias, ni reglas mas acertadas, que las que se encuentran en el libro de Locke, me remitiré á él, tomándome la libertad de añadir á sus observaciones algunas mias.

Todos los miembros de un cuerpo que crece deben estar á su anchura dentro del traje: nada debe apresurar su incremento ni su movimiento; nada ha de estar demasiado justo, ni pegado al cuerpo; ninguna ligadura. El traje francés, incómodo y mal sano para los hombres, es particularmente perjudicial para los niños. Parados en su circulacion los humores, y estancados con el sosiego aumentado por la vida inactiva y sedentaria, se corrompen y ocasionan el escorbuto: enfermedad que cada dia se propaga mas entre nosotros, y que apenas conocian los antiguos, porque su modo de vestir y vivir los preservaba de ella. Lejos de remediar este inconveniente, el traje usual le aumenta, y por quitar á los niños algunas ligaduras, les aprieta todo el cuerpo. Lo mejor es que gasten blusa el mas tiempo posible, darles luego vestidos muy anchos, y no empeñarse en que lleven el talle ajustado, lo cual solo sirve para desfigurarse. Sus defectos de cuerpo y alma provienen casi todos de una misma causa, de querer que sean hombres antes de tiempo.

Hay colores alegres y colores tristes: los primeros gustan mas á los niños, y tambien les caen mejor, de suerte que no veo motivo que impida seguir en esto lo que naturalmente les conviene; pero así que prefieren un tejido porque es rico, ya está entregado su corazon al lujo, á las veleidades de la opinion; y de seguro no proviene este gusto de ellos mismos. No es posible ponderar cuánto influye en la educacion la eleccion de los vestidos y los motivos para escogerlos. No solo hay madres ciegas que prometen á sus hijos galas en recompensa, sino que tambien vemos ayos tan desatinados que amenazan á sus alumnos con ponerles en castigo un vestido



mas tosco y mas sencillo. Si no estudias mejor, si no cuidais mas la ropa, os vestirán como á un chico de lugar, que es lo mismo que si les dijese: «Sabed que no es mas el hombre que lo que le hace su traje, y que todo vuestro mérito se cifra en el que llevais.» ¿Qué nos choca que se aproveche la juventud de lecciones tan cuerdas, que solo estime el adorno, y que solo por el exterior valúe el mérito?

Si tuviera que sanar la cabeza de un niño imbuido de estas ideas, me esmeraria en que fuesen sus mas ricos vestidos los mas incómodos; que estuviere siempre oprimido, siempre violento, siempre sujeto de mil maneras; haria que la alegría y la libertad huyesen de su magnificencia; si quisiera ponerse á jugar con otros niños vestidos con mas sencillez, al instante se lo prohibiria. Finalmente, de tal modo le fastidiaria y le hartaria de su boato; de tal manera le haria esclavo de su vestido dorado, que seria el torcedor de su vida, y veria con menos susto el calabozo mas negro que los preparativos de su engalanamiento. Mientras el niño no se haya hecho esclavo de nuestras preocupaciones, siempre es su primer deseo el estar á su gusto y libre; el traje mas sencillo mas cómodo y que menos le sujete, es siempre para él el mas precioso.

Hay vestidos que convienen para los ejercicios, y otros que convienen mas para la inaccion. Dejando esta á los humores un curso igual y uniforme, debe resguardar el cuerpo de las alteraciones del aire; y haciéndole la otra que pase sin cesar de la agitacion al sosiego, y del calor al frio, le debe acostumbrar á las mismas alteraciones. De aqui se sigue que las personas caseras y sedentarias, se deben arropar bien en todo tiempo, para conservar su cuerpo en un temple uniforme, casi el mismo en toda estacion y á todas las horas del dia. Por el contrario, siempre deben llevar vestidos ligeros los que están expuestos al viento, al sol y á la lluvia, los que se mueven mucho y andan la mayor parte del dia, para habituarse á todas las alteraciones del aire y grados de temperatura, sin hallarse incómodos. A unos y á otros aconsejaria que no mudasen de traje al cambiar las estaciones, y esta será la práctica cons-

tante de mi Emilio, con lo cual no quiero decir que lleve en verano vestido de invierno, como las personas sedentarias, sino que en invierno lleve vestido de verano como las laboriosas. Este fué el que usó toda su vida Isaac Newton, y vivió ochenta años.

La cabeza poco ó nada cubierta en todas las estaciones. Los antiguos egipcios la llevaban siempre descubierta; los persas se la cubrian con abultadas tiaras y hoy todavia se la cubren con espesos turbantes, cuyo uso, segun Chardin, es necesario por el aire del pais. En otro lugar he anotado (1) la distincion que hizo Herodoto en un campo de batalla, entre los cráneos de los persas y los egipcios. Y como importa que los huesos de la cabeza se hagan mas duros, mas compactos, menos frágiles y menos porosos, para preservar mejor el cerebro, no solo contra las heridas, sino contra los resfriados, las fluxiones, y todas las impresiones del aire, debeis acostumbrar á vuestros hijos á que lleven siempre la cabeza descubierta en invierno y verano, de noche y de dia. Y si por limpieza, y porque no se les enreden los cabellos, les quereis dar un gorro de noche, que sea un gorro claro, y semejante á una redecilla. Bien sé que la mayoría de las madres, mas movidas de la observacion de Chardin que de mis razones, creerán que en todas partes encuentran el aire de Persia; pero yo no he escogido á mi alumno europeo para hacerle asiático.

En general, arropan mucho á los niños, y especialmente durante la primera edad. Mas convendria endu-recerlos para el frio que para el calor; el mucho frio no los incomoda nunca cuando los dejan expuestos á él desde muy temprano; pero el mucho calor les produce una extenuacion inevitable porque el tejido de su cutis, todavia muy tierno, no deja sobrado paso á la traspiracion. Por eso se nota que mueren mas niños en el mes de Agosto que en ninguno otro. Además, la comparacion de los pueblos del Norte con los del Mediodia prueba que se hace mas robusto el que aguan-

(1) Carta de J. J. Rousseau al señor d'Alembert sobre los espectáculos.

ta el exceso del frío que el del calor. Por tanto, al paso que crezca el niño y se fortalezcan sus fibras, acostumbrale poco á poco á sufrir los rayos del sol; y yendo por grados, le endurecereis sin riesgo para los ardores de la zona tórrida.

En medio de los varoniles y cuerdos preceptos que nos da Locke, incurre en contradicciones que no se debían esperar de pensador tan exacto. Este mismo que quiere se bañen los niños en verano en agua helada, prohíbe que cuando estén sudando beban agua fría, y que se acuesten en el suelo en sitios húmedos (1). Pero ¿una vez que quiere que los zapatos de los niños cojan agua en todo tiempo, dejarán de cogerla cuando tengan calor? ¿Y no se le pueden hacer del cuerpo con relación á los pies, las mismas inducciones que hace él de los pies con relación á las manos, y del cuerpo con relación al rostro? Si quereis, le diría, que todo el hombre sea rostro, ¿por qué llevais á mal que yo quiera que sea todo pies?

Para impedir que beban los niños cuando tienen calor, prescribe que los acostumbren á comer un mendrugo de pan antes de beber. Muy extraño es, que cuando el niño tengad sed, sea menester darle de comer; igual sería darle de beber cuando tenga hambre. Nunca me persuadirán de que sean tan desarreglados nuestros primeros apetitos, que no los podamos satisfacer sin exponernos á la muerte. Si así fuese, se habría destruido cien veces el linage humano antes de saber lo que había de hacerse para conservarlo.

Siempre que Emilio tenga sed, quiero que le den de beber; pero agua pura, y sin preparacion alguna, ni aun la de templarla, aunque esté bañado en sudor, y aunque sea en el rigor del invierno. La única atencion que recomiendo, es distinguir la calidad de las aguas. Si el agua es de rio, dádsela al instante como de él sale: si es de fuente, es menester dejarla algun tiempo al

(1) Como si los niños de los pueblos escogieran la tierra muy seca para sentarse ó acostarse, ó se hubiera oido decir nunca que la humedad de la tierra ha hecho daño á uno de ellos siquiera. Si escucháramos á los médicos sobre este asunto, creeríamos que todos los salvajes están tullidos de reumatismo.

aire antes de beberla. En la estacion del calor están calientes los rios; no así las fuentes que no reciben el contacto del aire; es preciso aguardar á que el agua se ponga al temple de la atmósfera. Pero no es cosa natural ni frecuente el sudar en invierno, especialmente en campo raso; porque como el aire frío pega sin cesar en el cútis, rechaza dentro el sudor, y estorba que se abran los poros lo suficiente para dejarle paso. Pero no pretendo yo que Emilio haga ejercicio en invierno junto á buen fuego, sino fuera, á la inclemencia, en mitad de los hielos. Mientras que se calienta haciendo y tirando pelotas de nieve, dejémosle que beba cuando tenga sed; siga haciendo ejercicio despues de beber, y no temamos mal ninguno. Y si por otra causa entra en sudor y tiene sed, beba frío, aun en este tiempo; haced, si, por llevarle algo lejos y poco á poco á que busque agua; y con el frío que se supone, se habrá refrescado, cuando llegue, lo suficiente para beber sin riesgo alguno. Sobre todo, tomad estas precauciones, sin que él las eche de ver. Mas querría que estuviera algunas veces malo que mirando sin cesar por su salud.

Los niños necesitan de mucho sueño, porque hacen un ejercicio violento; uno sirve de correctivo á otro: por eso vemos que necesitan de ambos. La noche está señalada por la naturaleza para el descanso; es observacion constante que, mientras está el sol bajo el horizonte, y el aire caldeado con sus rayos no mantiene en tanta calma nuestros sentidos, es mas sosegado y sereno el sueño. Así ciertamente, el mas saludable hábito es el de levantarse y acostarse con el sol. De donde se deduce, que en nuestros climas el hombre y los animales tienen generalmente necesidad de dormir mas tiempo en invierno que en verano. Empero no es tan sencilla, tan natural, tan exenta de azares y revoluciones la vida social, que debamos acostumbrar al hombre á esta uniformidad hasta el punto de hacérsela necesaria. Sin duda es preciso sujetarse á reglas; pero poder violarlas sin peligro, cuando lo requiere la necesidad, es la primera de todas las reglas. No afemineis imprudentemente á vuestro alumno con la continuidad de un apacible sueño nunca interrumpido. Abandonadle primero